

## LA CLASE OBRERA EN LA REVOLUCION DE 1789 \*

LA Revolución Francesa del año 1789 fue una revolución democrática burguesa. Abolió las condiciones feudales de producción, las relaciones de propiedad que obstaculizaban el crecimiento de la industria capitalista, el comercio y la economía que se habían desarrollado dentro de la sociedad feudal. Arrancó el poder de las manos de la nobleza y lo pasó a manos de una nueva clase: la burguesía. En este sentido fue una revolución burguesa.

Sin embargo, la Revolución de 1789 no fue obra de la naciente burguesía solamente. Fue una revolución en que “la masa del pueblo en su mayoría, sus capas sociales más bajas y más profundas, marcadas por el yugo y la explotación, se levantaron espontáneamente y pusieron sobre el curso de la revolución el sello de sus demandas, sus esfuerzos por construir a su propio modo una nueva sociedad en lugar de la sociedad antigua que destruían” (Lenin). En este sentido fue democrática popular.

Hoy, cuando una nueva revolución está inscrita en la agenda de la historia, una revolución proletaria que tiende a abolir las relaciones capitalistas históricamente condenadas, y a

---

\* Este ensayo es uno de los ocho que aparecieron en Francia, debidos a varios autores, como homenaje al ciento cincuenta aniversario de la Revolución Francesa, en vísperas del comienzo de la II Guerra Mundial. Ha sido extraído de “La Revolución Francesa”, versión al español de Rodolfo García Higuera, editada por Editorial Grijalbo, S.A., México, D.F.

establecer el poder de la clase obrera aliada a toda la población trabajadora, es interesante examinar el lugar que ocupó la clase obrera —los asalariados— en la sociedad francesa en 1789, y el papel que esta clase desempeñó en la Gran Revolución.

La clase obrera francesa nació con la producción capitalista y se desarrolló mediante ésta. Creció con el descubrimiento de nuevos mercados (América, la India, la China) a comienzos del siglo XVI, y luego con el desarrollo de la industria en el siglo XVII.

Sin embargo, la clase obrera francesa, en vísperas del año 1789, era muy diferente a la clase obrera francesa en la actualidad. Era aún una clase naciente, mientras que hoy Francia tiene 10,984.000 asalariados en la industria y el comercio, o, exactamente, más de la mitad de la población activa (censo de 1931). La mayoría de los historiadores calculan el número de proletarios franceses en 1789, en 600.000, de una población de 25 millones.

Los pueblos industriales más importantes en esa época eran Marsella, con 80,000 asalariados (azúcar, jabón, licores, algodón y telas); Lyon, con 58,000 (principalmente en la seda); Reims y San Quintín, con una industria que empleaba a 60,000 obreros de ambos sexos; Burdeos (refinadoras y astilleros); Ruán y Lille (textiles). París era principalmente un centro de la artesanía. En cuanto a la minería y centros metalúrgicos, a pesar de que incluían sectores importantes de los asalariados en el 1789, no podían compararse en modo alguno con lo que han llegado a ser después.

Veinte veces menos numerosa que hoy, la clase obrera francesa estaba en 1789 muy dispersa todavía.

Cierto que la introducción de maquinaria había comenzado.

Ya la industria textil tenía 900 hiladoras *Jennie*; la Compañía Minera de Anzín estaba equipada con doce máquinas de vapor. La concentración capitalista, hija de la mecanización, ya era aparente en la industria, textil (1.200 obreros empleados en la fábrica de Van Bobais en Abboeville) y en las minas (4.000 obreros en la Mina de Anzín).

Pero éstos sólo eran signos precursores de industrias centralizadas en gran escala. El sistema de corporaciones, las barreas feudales, impedían la competencia capitalista y, con ésta, la inversión de capital. La pequeña industria se mantuvo como forma dominante de la economía urbana. Por ejemplo, 2,287 obreros de Orleáns fueron empleados por cincuenta y cinco empresas independientes en la manufactura de medias. Es decir, la población obrera del país estaba dispersa y separada.

Además, en la Francia de 1789, las formas de explotación del proletariado no eran tan uniformes como en nuestros tiempos. El proletariado se dividía en grupos distintos, de los cuales los principales eran los obreros de fábrica y los artesanos. Los primeros trabajaban en empresas donde el carácter social de la producción y la división entre el capitalista y la clase obrera ya había surgido. Los últimos trabajaban por su propia cuenta, o en pequeños grupos, para maestros, siendo ellos mismos explotados por los comerciantes. En la mayoría de los casos comían y dormían en el lugar de sus maestros y compartían su humilde suerte, de modo que el antagonismo de clase entre patrón y proletarios se revelaba sólo oscuramente. En estas condiciones, el proletariado carecía de esa homogeneidad sin la cual no puede adquirir un conocimiento de su fuerza colectiva y de sus intereses de clase.

Se necesitarían muchas páginas para describir detalladamente las condiciones de vida y de trabajo de la clase obrera en

los distintos distritos de Francia en el año 1789. Nos conformaremos con demostrar cuán miserables eran las condiciones generales dando algunos ejemplos. La jornada de trabajo en general era de dieciséis horas, desde las cuatro de la mañana hasta las ocho de la noche. Los artesanos —por ejemplo, los impresores— trabajaban sólo catorce horas, pero éstas eran excepciones.

He aquí las cifras de los salarios diarios: el promedio de ingresos de los albañiles era de 2.30 francos diarios; los tejedores del Mosela, 75 centavos- un hilador bretón (mujer) 30 centavos; un minero bien calificado, de 1 franco a 1 franco 28 centavos.

En cuanto al poder de compra aproximado de estos salarios, los siguientes precios darán alguna indicación: en 1778, un kilogramo de carne costaba 1 franco 10 centavos en París, y 65 centavos en el resto del país; un kilogramo de mantequilla, en París, costaba 1 franco 28 centavos. En general, el promedio del salario diario equivalía al precio de 6 libras de pan.

Los jornaleros veían que sus condiciones empeoraban constantemente. El alza en el costo de la vida era mayor que el eventual aumento en salarios. La carne y el vino rara vez se hallaban en las mesas de la clase obrera. El historiador Henri Sée declara que “en cada período de crisis, un gran número de obreros era forzado a la completa mendicidad”.

Tales eran las condiciones de los obreros de Francia en vísperas de la Revolución de 1789.

¿Cuáles fueron las demandas especiales de los obreros franceses en esta situación, y cómo se manifestaron?

Los *Cahiers de Doléances* de 1789, tan ricos en contenido, sólo dan un débil eco de alguna demanda salarial. En los

pueblos, los *Cahiers*, por lo general, eran redactados por los elementos mejor educados, mejor organizados, los más conscientes de clase del Tercer Estado: la burguesía. Por lo regular, los obreros no tomaban parte alguna en las asambleas electorales en París, la calificación electoral era el pago de un impuesto de 6 libras, la que excluía de las asambleas electorales a los 80,000 trabajadores más pobres y por lo tanto, a la mayoría de los obreros.

La clase obrera de 1789 no poseía ni el número, ni la organización, ni la conciencia política que la capacitara para poner su sello en las elecciones a los Estados Generales.

Sin embargo, algunos *cahiers* dedican algún lugar a las demandas de los obreros. Así, el cahier del Tercer Estado de Mariel: “También piden que la cuota diaria de los trabajadores sea aumentada de acuerdo con el precio de la harina. Cuando la harina costaba sólo 20 libras, ganaban 20 sous<sup>1</sup> hoy cuesta tanto como 40-42 libras y sólo ganan 20 sous. Por lo tanto, el padre de familia no puede vivir y mantener su familia.”

Los hiladores de Caen consideraban “... que las máquinas son un perjuicio serio para la gente pobre: reducen el precio de hilar a nada, y, por lo tanto, los hiladores piden que se supriman”.

La destrucción de las máquinas.

Esa era la demanda primitiva del proletariado naciente. Hasta el inmediato siglo no adquirieron una conciencia socialista, aprendiendo del socialismo científico de Marx y Engels que su ataque debía dirigirse contra el sistema capitalista de ex-

---

1 Un *sous* = 5 centavos.

plotación y no contra los instrumentos modernos de producción.

Sin embargo, en vísperas de la Revolución de 1789, hubo luchas entre los jornaleros y los capitalistas sobre las demandas de la clase obrera, principalmente sobre salarios. Hubo huelgas de los tejedores de Lyon en 1744, 1779 y 1788, extendiéndose la última también entre los albañiles y sombrereros. Hubo conflictos violentos a fines de 1789 en el Faubourg Saint-Antoine, en París, provocados por el industrial Réveillon, quien fue acusado en la asamblea electoral del Tercer Estado de haber concebido el plan de bajar los salarios de los jornaleros en general.

Estos conflictos a veces eran extremadamente violentos. (En 1774. los obreros de Lyon fueron los amos del pueblo durante varios días, y la lucha ocasionó sentencias de muerte y condenas a galeras.) Pero su característica común estuvo en que fueron locales y espontáneos: -para esa época la clase obrera de Francia carecía de una organización amplia, con una política unificadora. Existían sociedades de jornaleros que agrupaban a algunos de los obreros, pero dedicaban más tiempo a las cuestiones relacionadas con la competencia del trabajo que a la lucha contra los patronos.

Una clase que surgía, pequeña, dispersada, heterogénea, ignorante de su futuro y a menudo también de sus intereses inmediatos, mal organizada: tal era la clase obrera en vísperas de 1789.

Durante el siglo siguiente —el siglo de la expansión capitalista— se multiplicó, se concentró en gigantescas fábricas, se organizó, consciente al fin de su papel histórico en la lucha por la liberación de la humanidad.

En 1789 se presentaba una etapa diferente del des-

arrollo social. Al derrocar el feudalismo, en la época del capitalismo ascendente, era a la burguesía, entonces revolucionaria y progresista, a la que pertenecía el papel principal. El naciente proletariado sólo podía desempeñar en esta lucha un papel de apoyo.

En esta etapa, los obreros forman una masa diseminada por todo el país y desunida por la concurrencia. La cohesión de masas de obreros no es todavía fruto de su propia unión, sino de la unión de la burguesía, que para alcanzar sus fines políticos tiene que poner en movimiento —cosa que todavía logra— a todo el proletariado. En esta etapa, los proletarios no combaten, por tanto, contra sus enemigos, sino contra los enemigos de sus enemigos, contra los restos de la monarquía absoluta, los grandes señores de la tierra, los burgueses no industriales, los pequeños burgueses. La marcha de la historia está toda concentrada en manos de la burguesía, y cada triunfo así alcanzado es un triunfo de la clase burguesa. (Manifiesto del Partido Comunista.)

De este modo obtenemos un panorama general de la clase obrera en 1789; conocemos su lugar y su papel en la capa de la sociedad francesa que se disponía a dar la batalla al viejo régimen.

Sin embargo, las relaciones entre las distintas clases no se mantuvieron estáticas durante los años de la Revolución. Estas relaciones fueron modificadas de continuo, según la situación social sufría una sucesión de cambios rápidos durante toda la época revolucionaria. Debemos considerar, desde el punto de vista de la clase obrera, algunos de los momentos decisivos de la Gran Revolución.

El 14 de julio de 1789, con la toma de la Bastilla, se dio el

primer gran día revolucionario.

La toma de la Bastilla fue obra del pueblo de París en general: burgueses, artesanos y obreros. Entre los que dirigieron el movimiento había industriales, oficiales, profesionistas, pequeños burgueses. Los carpinteros desempeñaron un papel activo durante la batalla. De cien muertos en el ataque, varias docenas fueron obreros.

Al principio de la Revolución, todas las clases estaban unidas contra el feudalismo; el proletariado participó en la lucha, la burguesía la dirigió.

Pero aunque la burguesía utilizó la ayuda de la clase obrera para destruir los obstáculos que **presentaba** el sistema feudal a su industria y su comercio no tenía intenciones de permitir que la Revolución se desarrollara hasta más allá de sus intereses. Se oponía a las demandas económicas de los trabajadores; se oponía a los derechos políticos exigidos por las masas populares, a las que bajo la Constituyente especialmente, les fue negado el derecho al voto.

En la primavera del 1791, los obreros de la construcción lucharon en París por el mejoramiento de sus deplorables condiciones. Los representantes de la burguesía industrial, amos de la Constituyente, el 14 de junio, aprobaron la famosa ley de Le Chapelier. Esta ley prohibía que los obreros se reunieran o se organizaran; imponía fuertes multas y prisión contra los obreros que violaran sus provisiones. Fue una de las manifestaciones del egoísmo de clase por parte de explotadores recién llegados al poder. Un mes más tarde, el 17 de julio, cuando los obreros y la pequeña burguesía demandaban el destronamiento de Luis XVI y la extensión de los derechos políticos, la Guardia Nacional, comandada por La Fayette, abrió fuego sin aviso sobre una gran multitud reunida en el Campo de Marte. Murieron cincuenta trabajadores.



A partir de este momento la Revolución entró en una nueva fase. La lucha contra el viejo régimen se desarrollaba junto con la nueva lucha: la de la gran burguesía contra los obreros, los artesanos y las masas populares que peleaban bajo el estandarte de la República y la democracia.

Marat, el gran revolucionario, parecía tener un presentimiento del antagonismo de clase del futuro cuando proclamó el 8 de mayo de 1791:

*Jamás esperen nada de hombres ricos y opulentos, de hombres que han sido criados en el lujo y el placer, de hombres llenos de codicia que aman el oro. Sólo los campesinos, pequeños comerciantes, artesanos y obreros, los trabajadores y proletarios —como los ricos les llaman con insolencia— impacientes bajo el yugo de la opresión y siempre dispuestos a arrancárselo, pueden constituir un pueblo libre.*

Las conquistas de la Constituyente son claras características de este aspecto doble de las contradicciones de clase. La Constituyente hizo una tarea eminentemente progresista al destruir la base jurídica de la sociedad feudal; pero la Constitución de 1791 que redactó estaba concebida para dar todo el poder a los ricos y nada al pueblo; excluía de la participación política y de la Guardia Nacional a los ciudadanos “pasivos”, que no pagaban un impuesto mínimo especificado, es decir, en la práctica, a los proletarios. El derecho a la elección de la Asamblea Legislativa estaba abierto solamente a los ciudadanos ricos que pagaran por lo menos 54 libras en impuestos.

Lenin ha comparado el día del 10 de agosto de 1792 con el 14 de julio de 1789: el 10 de agosto marcó el comienzo de la verdadera revolución democrática popular. El 14 de julio, los obreros lucharon contra el feudalismo al lado de toda la bur-

guesía. El 10 de agosto fueron las masas populares de París (los obreros del Faubourg Saint-Marceau a la cabeza), en colaboración con los Federales de las provincias (especialmente de Marsella), quienes capturaron las Tullerías por asalto. La gran burguesía, cuyos representantes formaban la mayoría de la Asamblea Legislativa, eran hostiles al movimiento.

Desde el punto de vista de la clase obrera, los acontecimientos del 10 de agosto tienen una importancia considerable. El movimiento popular obligó a la Asamblea Legislativa a decidirse por fin a convocar para la Convención Nacional elegida por sufragio universal. Por vez primera, la clase obrera tenía el derecho al voto. En el mes siguiente, la intervención **de los** obreros y de las masas populares dio por resultado la victoria de Valmy y la proclamación de la República en la primera reunión de la Convención.

La historia de la Convención es la historia de la dominación política de los representantes de las masas populares, los jacobinos, la política de la lucha inmisericorde contra el enemigo externo: contra los ejércitos del rey de Prusia y el emperador de Austria; contra el enemigo interno: contra las rebeliones, los complots, las conspiraciones para restaurar la monarquía, de aliados de los monarcas extranjeros.

La política de los jacobinos sólo podía imponerse echando del poder a los representantes de la burguesía rica, los girondinos, que estaban a favor del apaciguamiento, de la colaboración con los remanentes de la nobleza y los agentes de las potencias extranjeras, contra las masas populares.

Los jacobinos pudieron tomar el poder y aplastar a los enemigos de la Revolución dentro de las fronteras y en el exterior, porque se basaban en las masas populares.

Lenin, en su polémica con Plejánov, subrayó que:

...la Convención fue precisamente la dictadura del pueblo bajo, es decir, la capa social inferior de las masas más pobres de los pueblos y la zona rural. En la revolución burguesa fue el órgano del poder soberano, en que el factor dominante, totalmente y sin división, no fue ni la gran burguesía ni la burguesía media, sino los estratos inferiores, los elementos pobres, es decir, precisamente lo que llamamos el proletariado y los campesinos.

En esta actividad revolucionaria, la clase obrera, particularmente la de París, desempeñó un papel especialmente importante.

El 31 de mayo de 1793, los obreros constituyeron la mayoría de los ciudadanos armados que invadieron la Convención, y de este modo prepararon el camino para el 2 de junio, el día de la caída de los girondinos, la victoria de los sans-culottes sobre la burguesía rica. Después ocuparon un lugar en las más avanzadas filas de la lucha contra la reacción.

El año de 1793 fue el año de la victoria contra la intervención extranjera. La clase obrera fue un factor decisivo en la organización de esta victoria.

La participación en el levantamiento en masa de agosto de 1793 no fue el único aporte de los obreros a la salvación de la independencia nacional y a la salvaguardia de las libertades francesas. A la tarea general de todo el pueblo combatiente, se añadió la especial y decisiva tarea de producir armas.

El Comité de Salvación Pública fue encargado, en efecto, el 23 de agosto de 1793, “de tomar todas las medidas necesarias para establecer sin demora una producción extraordinaria de armas de todas clases que correspondían a la creciente energía del pueblo francés”. La clase obrera respondió al llamamiento de la Revolución con entusiasmo.

Gracias a su iniciativa creadora, los obreros de Francia pronto pudieron aumentar la producción de armas en diez veces. El 3 de noviembre de 1793, la delegación de una nueva fábrica parisina presentó a la Convención los primeros seis mosquetes manufacturados, y prometieron que producirían 1,000 mosquetes diarios rápidamente. Las tres antiguas fábricas reales que producían 650 mosquetes mensuales en 1791 produjeron 16,000 mensuales en el 1794.

Los mismos milagros, como resultado de trabajar día y noche, se lograron en la manufactura de la pólvora. Sólo en el arsenal de Grenoble se producían diariamente no menos de 20,000 kilogramos.

Así, lo mismo en las manifestaciones de masas que en el campo de batalla, en las fábricas como en el ejército, ya en 1792, la clase obrera comenzaba a revelarse como factor decisivo para la independencia nacional y para salvaguardar la libertad.

Aunque aquí no podemos analizar detalladamente las causas de la vuelta a la ofensiva de los reaccionarios del 9 Termidor, es necesario subrayar que una aplicación demasiado formal de la ley del precio- máximo (el 29 de septiembre de 1793) a los salarios de los obreros, tenía que substraer el apoyo popular a la política de Robespierre y de este modo facilitar incidentalmente la caída del Incorruptible; un acontecimiento que fue presagio de la eliminación de la República durante medio siglo.

A pesar de esto, la Convención logró lo esencial de la Revolución democrático-burguesa en Francia. Proclamó la abolición, sin indemnización, de los derechos feudales; derrocó el régimen de los terratenientes; estableció la igualdad ante la ley y afirmó el derecho de todos a la educación.

Durante el auge de la Revolución, la clase obrera derramó sus tesoros de iniciativa y heroísmo. Pero, aunque participó activamente en la destrucción del feudalismo, la clase obrera no podía entonces ver dentro de sus propios destinos el papel histórico que le pertenecía de abolir toda dominación de clases, toda explotación del hombre por el hombre, y crear la sociedad comunista del futuro.

La sociedad capitalista no se había desarrollado bastante en el año 1789 para que fueran perceptibles sus leyes fundamentales. Además, los métodos científicos de análisis no se habían perfeccionado lo suficiente para permitir su aplicación con éxito al fenómeno de la vida social, tan complejo.

Sin embargo, las primeras señales de antagonismo entre el capital y el trabajo, que se desarrollaron en este período durante la liquidación de las relaciones feudales, inspiró a los hombres más avanzados y más cercanos a la clase obrera las perspectivas del futuro, que el socialismo científico, sesenta años más tarde, pudo definir a la luz del conocimiento científico.

Contentémonos con nombrar al más grande de los precursores del comunismo en la Revolución de 1789, Graco Babeuf.

Babeuf previó el papel histórico de la clase obrera. Como observa Jaurés en su *Historia socialista de la Revolución Francesa*: Babeuf encontró apoyo especialmente entre los obreros de las fábricas. Cuando fundó su club, fue en un lugar que era al mismo tiempo el centro de la barriada de Saint-Marcel, con sus tabernas, y la barriada de Saint-Antoine, con sus numerosas y grandes fábricas.

Uno de los méritos de Babeuf, según Engels, es el de haber llegado a “la conclusión final de la idea de igualdad incorporada en la Constitución de 1793”, es decir, de haber com-

prendido que la igualdad social no puede existir mientras la sociedad esté dividida en clases y la explotación del hombre por el hombre sea permitida.

Por consiguiente, Babeuf vio en la Revolución de 1789 “solamente la precursora de otra revolución”, de la revolución socialista, que sería la última, puesto que liberaría a la sociedad finalmente de todos los antagonismos de clase.

Además, deduciendo la consecuencia de la Revolución democrática burguesa de 1789, Babeuf previó que la clase obrera y las masas populares tendrían que recurrir a los mismos métodos dictatoriales para terminar con la dominación capitalista. La noción de la dictadura del proletariado, la dictadura sobre la minoría explotadora, con democracia ilimitada para las masas populares, existía en germen en la doctrina de Babeuf.

Cierto que el comunismo de Babeuf nació antes de tiempo. Su conspiración terminó en el fracaso, y él mismo fue guillotinado el 17 de mayo de 1797. Sus proyectos eran necesariamente utópicos. Hablando de Babeuf, Marx y Engels escribieron en el *Manifiesto Comunista*:

*Las primeras tentativas del proletariado para imponer directamente sus intereses de clase, en momentos de conmoción general, en el período de derrumbamiento de la sociedad feudal, tenían que fracasar necesariamente por falta de desarrollo del propio proletariado, de una parte, y de otra por la ausencia de las condiciones materiales indispensables para su emancipación, que habían de ser el fruto de la época burguesa. La literatura revolucionaria que acompaña estos primeros pasos del proletariado tiene forzosamente un contenido reaccionario. Estas doctrinas predicán un ascetismo universal y un burdo igualitarismo.*

Pero en otro lugar Marx demostró la importancia de las ideas y las actividades de Babeuf y de los precursores del comunismo en Francia:

*La Revolución Francesa dio a luz nociones que trascendían a las ideas del estado de cosas establecido. Aquel movimiento revolucionario que, con el Círculo Social, encontró sus principales representantes durante el desarrollo de su evolución, Leclerc y Roux, y que acabó con la conspiración de Babeuf, produjo las nociones comunistas que Buonarotti, amigo de Babeuf, volvió a introducir en Francia después de la Revolución de 1830. Esta idea, es la del nuevo estado de cosas.*

De esta manera, la Revolución de 1789 no sólo produjo la muerte del absolutismo feudal, sino que sembró en Francia y en el mundo los principios de la democracia.

Al liberar de la ergástula feudal a las fuerzas productivas, abrió el camino al desarrollo de la producción capitalista, y, consecuentemente, al veloz crecimiento del proletariado mundial, numérica y organizativamente, y su conciencia de clase.

Así como las ideas de Babeuf fueron los heraldos del socialismo científico —la doctrina de la clase obrera perfeccionada—, también las ya lejanas luchas libradas entre el capital y el trabajo hace 150 años eran solamente un preludeo de la actividad coordinada y organizada de millones de obreros en nuestros días.

Como consecuencia, el prodigioso avance de las fuerzas productivas y el desarrollo de las relaciones capitalistas de producción se han convertido en un valladar opuesto al progreso humano, del mismo modo que lo eran de las relaciones feudales de producción en 1789.

La producción social demanda para su desarrollo la correspondiente socialización de la propiedad de los grandes medios de la producción, y por esta razón la clase obrera lucha para poner fin a la dominación capitalista, de la misma manera que la burguesía de 1789 luchó para acabar con la dominación feudal.

La clase obrera victoriosa no substituirá, sin embargo, los actuales antagonismos de clase por otros nuevos, en consonancia con otra nueva etapa del desarrollo social. Al contrario, la lucha de clase ha llegado a una fase en que la clase explotada y oprimida (el proletariado) no puede ya emanciparse de la clase que la explota y la oprime (la burguesía), sin emancipar para siempre a la sociedad entera de la opresión, la explotación y la lucha de clases. Esta idea cardinal pertenece única y exclusivamente a Marx.